

LA CIUDAD DE MÉXICO QUE HUMBOLDT VIO A TRAVÉS DE SUS OJOS AZULES

Luz Fernández de Alba*

Procedente de Guayaquil, el barón Alexander von Humboldt entró al reino de la Nueva España por el Pacífico y desembarcó en el puerto de Acapulco el 23 de marzo de 1803, tan sólo tres años después de haberse iniciado el siglo XIX. Venía acompañado del médico y botánico Bondpland, quien partió junto con él desde el inicio de su viaje al Nuevo Continente en 1799, y con el joven Carlos Montúfar y Larrea, al que ambos habían conocido en la ciudad de Quito un año antes. El viajero alemán traía solamente un lápiz para dibujar y un diario para registrar con palabras lo que veía a través de sus ojos azules. Ninguno de los tres pudo haber oído hablar ni de Talbot ni de Daguerre, que no habrían de entrar a la historia de la fotografía sino hasta treinta años más tarde.

Dando muestras de su espíritu liberal y de su gran capacidad de adaptación, el explorador se llamaría en México simplemente Alejandro de Humboldt, al igual que lo había hecho en todos los países de habla hispana que había visitado durante los últimos cuatro años que ya duraba su viaje por América del Sur y América Central.

* Profesora de la Universidad Nacional Autónoma de México.

El mismo día que se instala en Acapulco, Humboldt le escribe al virrey José de Iturrigaray para informarle que ha llegado a la Nueva España. Realiza mediciones en el puerto y cuatro días después emprende la marcha hacia la capital del virreinato. Fueron necesarias veintiún mulas para transportar los instrumentos científicos, así como las colecciones botánicas, zoológicas y geológicas de la expedición.¹ Por el camino va dibujando la carta itinerario de Acapulco a México. Pasa por Chilpancingo, visita la famosa mina de plata de Taxco y, al cruzar por Cuernavaca y Huitzilac, recibe la respuesta del virrey a su carta, manifestándole que se complace en prestarle todo el apoyo que pueda serle útil en sus importantes investigaciones. Con esa seguridad, Humboldt y sus compañeros “entre dos luces penetran en la ciudad de México”,² la noche del 11 de abril de 1803.

Los tres ilustres jóvenes: un barón prusiano de 34 años, un botánico francés de

¹ Frank Holl y Joaquín Fernández Pérez. *El mundo de Alexander von Humboldt. Antología de Textos*, p. 179.

² Véase la “Cronología humboldtiana”, preparada por Juan A. Ortega y Medina para la edición de Porrúa del *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, de Alejandro de Humboldt.

30 y el hijo de un marqués criollo, de tan sólo 23, se alojaron en una casona colonial ubicada en el número 3 de la calle de San Agustín, en el centro de la ciudad de México. Con el paso del tiempo, la calle cambió de nombre y la casa de actividad,³ pero conserva una placa –puesta hace más de cien años por los alemanes residentes en México– que recuerda la estancia de Humboldt en ella.

Menos de un mes después de haber desembarcado en Acapulco, el 15 de abril de 1803 encontramos a Alejandro de Humboldt ya de visita con don José Iturrigaray y los principales funcionarios de la corte virreinal. Es en esa ocasión cuando obtiene la autorización del virrey para usar los archivos de la Colonia y así, sin haber perdido un solo día de trabajo, Humboldt da inicio a su fructífero viaje de investigación científica en la Nueva España, que habría de prolongarse hasta marzo de 1804, fecha en la que sale de Veracruz con rumbo a La Habana.

En el transcurso del año que pasó en México, Humboldt desplegó una intensa y continua actividad. Su atractiva y carismática personalidad, así como su dominio de la lengua española, le habían permitido relacionarse con los más destacados científicos y artistas tanto novohispanos como españoles. Se había dado tiempo también, para conocer los centros mineros más importantes del virreinato, y para medir cuanto río, montaña y lago se habían cruzado por su camino, al igual que la altura de varios volcanes como el Jorullo y el Nevado de Toluca y hasta de cerros, como el de Chapultepec. Igualmente había participado como

sinodal examinador de los alumnos de la Escuela de Minas y no faltaba a ninguna reunión académica o social a la que hubiese sido convocado. Al mismo tiempo, mantenía una continua correspondencia con sus colegas europeos, dibujaba las plantas que no había visto antes, registraba en su diario todo aquello que llamaba su atención, posaba para el retrato que le hacía don Rafael Ximeno y Planes,⁴ y elaboraba el primer esbozo de lo que años más tarde sería su famoso *Ensayo político sobre el reino de la Nueva España*.

Es precisamente en el libro tercero del *Ensayo Político*,⁵ que terminó en París cinco años después de haber vuelto de su viaje a las Américas, en el que describe una ciudad de México desconocida para quienes la habitamos ahora: la ciudad que Humboldt vio realmente a través de sus ojos azules o la que su mente ilustrada, así como su romántica disposición para aceptar lo nuevo, quisieron ver.

Ya en la introducción de su dilatado ensayo Humboldt se sorprende “de lo adelantado de la civilización en la Nueva España, respecto de la de las partes de la América Meridional que acaba de recorrer”. (*Ensayo*, p. 1)

Según lo explica en su dedicatoria al rey Carlos IV, el científico alemán escribió el *Ensayo* para subsanar la falta de un estudio estadístico sobre una de las más ricas colonias españolas en América. El primer bos-

³ La casa en la que vivió Humboldt se encuentra actualmente en la calle de Uruguay número 80 y está ocupada por una taquería.

⁴ “Federico Alejandro Barón de Humboldt”, óleo sobre tela, Rafael Ximeno y Planes, 1803. Acervo Histórico del Palacio de Minería, Facultad de Ingeniería, UNAM, México, D.F.

⁵ Alejandro de Humboldt. *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. Todas las citas correspondientes a esta obra, serán de esta edición. Para facilitar la referencia sólo indicaré entre paréntesis *Ensayo* seguido del número de la página.

quejo —las famosas *Tablas geográficas y políticas*— lo había entregado personalmente al virrey Iturrigaray con una carta fechada el 3 de enero de 1804, apenas 10 meses después de haber pisado suelo mexicano.

Su mirada, su apreciación personal, preceden siempre a la investigación científica que usa para comprobar lo que afirma. Joseph Conrad decía que escribía sobre todo para que la gente viera. Persuadido de que un largo ensayo podría ser útil a los encargados del gobierno y administración de las colonias, “los cuales muchas veces, aun después de una larga residencia en ellas, no suelen tener ninguna idea exacta acerca del estado de estas hermosas y extensas regiones”,⁶ Humboldt escribe su *Ensayo Político* para que los funcionarios de la Colonia “vieran” los distintos aspectos geográficos, políticos, económicos y sociales del Reino de la Nueva España.

Es en el libro tercero —el dedicado a la estadística particular de las doce intendencias que componían el reino— en el que leemos que la “Intendencia de México”⁷ es la más poblada de ellas. En 1803, contaba ya con más de un millón y medio de habitantes. (1,511,800, *Ensayo*, p. 107) mientras que la ciudad de México, capital de esa Intendencia y de toda la Nueva España, tenía apenas 135 mil. Al relacionar la población con la extensión territorial, Humboldt no puede dejar de observar “la

desigualdad con que está distribuida la población mexicana, aun en la parte del reino que está más civilizada”.⁸

A pesar de estar lleno de cifras, datos científicos, mediciones y cálculos, muchas veces en unidades que han caído en desuso (como *toesas, leguas o arrobas*), el *Ensayo* de Alejandro de Humboldt resulta ameno e interesante, ya que su autor hace constantes comparaciones con lo “conocido” tanto para él como para sus posibles lectores europeos. Así, por ejemplo, su primera mirada sobre la ciudad de México la percibe tan elegante como Turín o Milán, como los barrios más bellos de París o de Berlín y no es sino hasta después que la describe más técnicamente:

Rodeada de un gran número de avenidas arboladas y de aldeas de indios, esta capital de México está situada a 2,260 m de altitud, goza de un clima dulce y templado y es sin duda comparable a las ciudades más bellas de Europa.⁹

El lago de Texcoco, afirma Humboldt, ha disminuido notablemente su nivel de agua no sólo por la falta de vegetación sino también por efecto del “famoso desagüe real de Huehuetoca”, al que se dedica ampliamente en su *Ensayo*. Ahora, doscientos años después de que Humboldt viera el lago de Texcoco, y sin que jamás se haya logrado restituir su nivel de agua, se habla del ex lago y se hacen estudios para aprovechar los sedimentos de carbonato de calcio que hay en sus suelos.

⁶ *Ibidem*.

⁷ Comprendería las siguientes ciudades y villas: México, capital del reino de Nueva España, Texcoco, Coyoacán, Tacubaya, Tacuba, Cuernavaca, Chilpancingo, Taxco, Acapulco, Zacatula, Lerma, Toluca, Pachuca, Cadereyta, San Juan del Río y Querétaro (*Ensayo*, p. 155-156). La capital de la Intendencia de México, era la ciudad de México. Cuando la visitó Humboldt tenía 135 mil almas, según el censo pormenorizado que hizo el virrey Revillagigedo (*Ensayo*, p. 573).

⁸ He utilizado en buena parte la Sección I del Libro Tercero del *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, en la edición de Porrúa citada en la nota 5.

⁹ Humboldt. Alejandro de. “Breve relación del viaje” en *Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo*, p. 50.

En cambio, Humboldt se refiere en su ensayo al lago de Xochimilco que formaba parte de un sistema lacustre y el que: “desde Chalco, Mixquic y Tláhuac no se interrumpe nunca la navegación y llegan diariamente a México sus legumbres, frutas y flores por el canal de Ixtapalapa” (*Ensayo*, p. 118). Aunque casi el total del sistema fluvial se haya perdido, Xochimilco se conserva dos siglos después de que los ojos azules de Humboldt lo contemplaran por primera vez. Aunque no sea el mismo que el cine mexicano nos mostrara en *María Candelaria*,¹⁰ y aunque haya cambiado su carácter de vía comercial por uno más turístico, es reconfortante saber que todavía existe.

Cuando el viajero alemán llegó a la ciudad de México venía preparado con lecturas sobre lo que había sido la Gran Tenochtitlán. Por eso puede reflexionar en que, fundada sobre islas cubiertas de verdor y recibiendo en sus calles a las muchas barcas que daban vida al lago, la antigua Tenochtitlán debía parecerse a algunas ciudades de Holanda, de la China o del delta inundado del bajo Egipto. Sin embargo –continúa– “la capital, tal cual la han reedificado los españoles, presenta un aspecto acaso menos risueño pero mucho más respetable y majestuoso” (*Ensayo*, p. 118). Y a renglón seguido su entusiasmo por la ciudad de México parece desbordarse. Estando ya en París, al consultar las notas de sus diarios de viaje para redactar el *Ensayo*, evoca otras grandes ciudades que conoce y concluye:

México debe contarse sin duda alguna entre las más hermosas ciudades que los europeos han fundado en ambos hemisferios. A excepción de Petersburgo, Berlín, Filadelfia y algunos barrios de Westminster, apenas existe una ciudad de aquella extensión que pueda compararse con la capital de Nueva España, por el nivel uniforme del suelo que ocupa, por la regularidad y anchura de las calles, o por lo grandioso de las plazas públicas. (*Ensayo*, p. 118)

Aprecia el estilo puro de la arquitectura mexicana, “sin recargamiento de ornatos en el exterior de las casas de tezontle”, pero no por eso deja de admirar el edificio destinado a la escuela de minas, ubicado en la Calle de Hospicio de San Nicolás, hoy Guatemala, número 90, que “podría adornar las principales plazas de París y de Londres” y en el que él trabajó durante su estancia en México. El Palacio de Minería, que todos conocemos en la calle de Tacuba, no se terminó sino hasta 1813.

Se refiere también a varios de los edificios construidos en la ciudad de México por el arquitecto y escultor valenciano Manuel Tolsá. Llama particularmente su atención el palacio de Buenavista “que presenta en lo interior del patio un hermosísimo peristilo ovalado y con columnas pareadas”, actualmente ocupado por el Museo de San Carlos. Igualmente la Catedral y la Academia de Bellas Artes, con su colección de yesos antiguos, por mencionar sólo unos cuantos de los monumentos que contemplaron los ojos de Humboldt. Admira también como todo viajero, la estatua ecuestre de Carlos IV colocada en un pedestal de mármol mexicano en medio de la plaza mayor, el famoso “Caballito”¹¹ que ac-

¹⁰ *María Candelaria*, una de las películas de la época de oro del cine mexicano, como finalmente se llamó *Xochimilco*, dirigida por Emilio “Indio” Fernández, con Dolores del Río y Pedro Armendáriz, 1943.

¹¹ Según dice Ortega y Medina en el Anexo I del

tualmente se encuentra afuera del Museo Nacional de Arte (MUNAL).

En el libro segundo del *Ensayo*, hace observaciones sobre la población mexicana compuesta –dice Humboldt– por siete castas. Dejando a un lado las subdivisiones quedan cuatro principales: blancos españoles, negros, indios y los de raza mixta (formada por europeos, africanos, indios americanos y personas de origen asiático, llegados y establecidos en la Nueva España por el frecuente intercambio entre Acapulco y las Islas Filipinas.

Como liberal y romántico, en el que se conjugaron la pasión científica con el espíritu viajero, Humboldt observa con agrado que en Nueva España el número de los indios pasa de dos millones y medio, contando sólo a los que son de raza pura, sin mezcla de sangre europea o africana; y lo que es aún más satisfactorio, subraya Humboldt en su *Ensayo*, es que, contrariamente a lo que creen los europeos, los indígenas de color bronceado no sólo no se han extinguido sino que, en los últimos cincuenta años, han aumentado considerablemente hasta formar, en 1803, las dos quintas partes de la población del reino de México.

Si bien los viajes de Humboldt por la Nueva España dependían de un salvoconducto extraordinario –jamás otorgado antes a ningún extranjero por el monarca español–, en sus diarios de viaje no oculta lo que piensa acerca del trabajo de los indios en las minas de Guanajuato, de la miseria que exhiben en las calles de la ciudad de México y del trato que les otorga la Iglesia católica. En sus escritos privados re-

Ensayo, Humboldt no pudo haber estado en la inauguración de la obra de Tolsá porque el 10 de octubre de 1803 venía en camino de Toluca a la ciudad de México.

flexiona sobre la situación de los indios obligados a trabajar en las minas, con estas amargas palabras: “Desgraciados vástagos de un linaje al que se robó sus propiedades. ¿Dónde hay un ejemplo semejante, toda una nación, una nación entera que haya perdido todo su patrimonio?”.¹²

Siendo Humboldt un precursor en tantas áreas no debe extrañarnos que haya previsto la relación comunicativa que su texto establecería con el rey de España y con los funcionarios del virreinato, a quienes les entrega una visión positiva de lo que han hecho en la Colonia, y sólo en sus diarios consigna el lado oscuro de la misma realidad. Ambas visiones son ciertas, pero diferentes, de acuerdo con la función que puedan aportar al supuesto lector.

Igualmente, adelantándose al manejo de la prensa fue capaz de escribir en tercera persona uno de los primeros relatos completos de su viaje de exploración americano. Puesto que iba a ser publicado con el nombre de un periodista norteamericano, Humboldt lo redactó directamente en tercera persona, y es ahí donde dice que no pensaba quedarse en México más que algunos meses y apresurar su regreso:

El Sr. Humboldt esperaba estar en Francia en agosto o septiembre de 1803, pero el atractivo de un país tan bello y variado como el virreinato de Nueva España, la enorme hospitalidad de sus habitantes y el miedo al vómito negro, le hizo permanecer un año más en este reino.¹³

¹² Diario de Viaje, Guanajuato, septiembre de 1803 (original en francés); de sus diarios de viaje compilados y comentados por Margot Faak, pp. 375 s.

¹³ Alejandro de Humboldt, “Breve relación del viaje” en *Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo*, p. 50.

Afirma el especialista Ottmar Ette que Humboldt no debe ser considerado como el último sabio universal, sino más bien como el pionero “de una nueva concepción científica, que se conoce como la ciencia humboldtiana”.¹⁴ Ciencia que tiene una orientación transdisciplinaria, tiende hacia lo global e intercultural, supone una continuación crítica de las ideas de la Ilustración francesa, y eventualmente podría superar el fenómeno del eurocentrismo.

Lo anterior implicó que Humboldt construyera una red de corresponsales a escala mundial que, tan pronto debían poner a su alcance o comprobar los conocimientos regionales por él requeridos, como estar en disposición de proporcionarle un conocimiento especializado en determinada disciplina. A la vista de esta inagotable capacidad de trabajo al servicio de una vocación también inextinguible de comunicar, incluso con todas las limitaciones de recursos de la época, no resulta tan exagerada la afirmación de Ottmar Ette cuando dice que “esto convierte a Humboldt en un pionero fascinante de la edad de la Red”.¹⁵

En efecto, a través de unas 35 mil cartas (según calcula Ottmar Ette) Humboldt logró una red mundial que le permitió una transferencia intercontinental de conocimientos de casi todos los saberes de su época. En la exposición “Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo”, presentada en Madrid en 2006, se representaron sus cartas, apiladas una sobre otra, formando una columna de tan sólo 9 metros, ya que la

segunda planta del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid no tenía un techo más alto. Pero si calculamos que cada carta pudiese tener entre 7 y 10 milímetros de grueso, la columna de 35 mil cartas alcanzaría aproximadamente la altura de la Torre Eiffel (desde el suelo hasta las antenas que hay en su parte más alta, mide 324 metros). Frank Holl, otro gran especialista alemán, me informa que tanto él como el Centro de investigaciones sobre Humboldt,¹⁶ donde se encuentra el archivo que guarda copias de gran parte de las cartas de Humboldt y de sus corresponsales, estiman el número total en alrededor de 50 mil.

Por último, quiero destacar que las descripciones llenas de admiración que hace Humboldt de la ciudad de México no excluyen un registro complementario de lo que también vieron sus ojos azules. Lo que podría ser el registro negro de las grandes capitales del mundo del siglo XIX, en las que convivía miseria y opulencia.

En la ciudad de México, que Humboldt encontró en general tan hermosa y tan elegante, no pudo dejar de ver la desigualdad de fortunas que había entre los indígenas y los españoles, como apunta en uno de sus diarios de viaje:

El aspecto tan triste como desagradable que ofrecen en la ciudad de México los indios que completamente desnudos están envueltos en una “frazada” o se hallan vestidos de harapos. No hay ciudad en toda Europa donde se vea más miseria en las calles.¹⁷

¹⁴ Ette, Ottmar. “Ciencia, paciencia y conciencia en Alejandro de Humboldt: un pionero fascinante de la edad de la Red”, en *Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo*.

¹⁵ *Ibidem*.

¹⁶ “Alexander von Humboldt-Forschungsstelle” de la Academia de Berlín-Brandenburgo, en Berlín.

¹⁷ Diario de viaje, México, 12 de abril de 1803 a 20 de enero de 1804 (original en francés): en

A pesar de ello, Humboldt disfrutó inmensamente la ciudad de México, pero sin olvidarse de la naturaleza que la rodeaba. Quiero terminar con una cita en la que yo “veo” a Humboldt asomado entre las torres de la Catedral extendiendo su mirada hasta abarcar el Valle de México:

Ciertamente no puede darse espectáculo más rico y variado que el que presenta el valle, cuando en una hermosa mañana de verano, estando el cielo claro y con aquel azul turquí propio del aire seco y enrarecido de las altas montañas, se asoma uno por cualquiera de las torres de la catedral de México o por lo alto de la colina de Chapultepec. (*Ensayo*, p.119)■

BIBLIOGRAFÍA

- Fernández Pérez, Joaquín. *Humboldt. El descubrimiento de la naturaleza*. Madrid, Nivola, 2002. 332 pp. (Científicos para la Historia, núm. 10).
- Humboldt, Alejandro de. *Ensayo Político sobre el Reino de la Nueva España*. 6a. ed. Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos de Juan A. Ortega y Medina. México, Porrúa, 2002. (Sepan Cuantos, 39).
- . *Reise auf dem Río Magdalena, durch die Anden und Mexico*. Teil I: Texte. Ed. por Margot Faak. Berlin, Akademie Verlag, 1986 (Beiträge zur Alexander-von-Humboldt-Forschung. 8)
- Ortega y Medina, Juan A. “Estudio preliminar, revisión del texto, cotejos, notas y anexos” a Alejandro de Humboldt, *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*, México, Porrúa, 1966. (Sepan Cuantos).
- Catálogo de la Exposición *Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo*. Ed. Frank Holl. En conmemoración al Bicentenario de la llegada de Humboldt a México. Antiguo Colegio de San Ildefonso. Ciudad de México, 25 septiembre 2003-25 enero, 2004.
- Catálogo de la Exposición *Alejandro de Humboldt. Una nueva visión del mundo*. Ed. Frank Holl. Museo Nacional de Ciencias Naturales (CSIC). Madrid, 4 octubre 2005-8 enero 2006.
- Holl Frank y Joaquín Fernández Pérez. *El mundo de Alexander von Humboldt. Antología de Textos*. Pról. María Teresa Tellería. Barcelona, Lunwerg Editores, 2002.

Alexander von Humboldt: *Reise auf dem Magdalena, durch die Anden und Mexiko*, p. 180.